

Guerras, Revueltas y Migraciones Climáticas. El Nuevo Papel de los Ejércitos como Especialistas en Gestión del Caos

War, Riots and Climate Migrations. The New Rol of the Armies as Specialists in Chaos Management

Emilio Santiago Muíño

Los conflictos climáticos ya están aquí. En muchas de las guerras, las revueltas y las migraciones que ya tienen lugar en el siglo XXI el cambio climático juega un papel esencial, lo que no dejará de agravarse en las próximas décadas. La inteligencia militar ya está preparándose. Y bajo la nueva categoría de “especialistas en gestión del caos” prevén incluso un incremento del poder político efectivo de los ejércitos durante el presente siglo, lo que puede suponer una grave anomalía para el futuro de la democracia como régimen de gobierno.

Descriptores: Guerra; Migración; Cambio climático; Geopolítica.

Abstract: climate conflicts are already here. In many of the wars, revolts and migrations that already take place in the 21st century, climate change plays an essential role. This will continue to worsen in the coming decades. Military intelligence is already preparing. And under the new category of "chaos management specialists" they even foresee an increase of the effective political power of the armies during the present century. This can be a serious anomaly for the future of democracy as a government regime.

Kwywords: War; Migration; Climate change; Geopolitics.

Los conflictos socioecológicos no son una hipótesis distópica, sino una realidad sanguinaria. En su vertiente molecular, cada semana 3 activistas medioambientales son asesinados en el mundo en el marco de luchas contra lógicas extractivistas. Pero a medida que avancemos en el siglo XXI, y se intensifique la situación de extralimitación ecológica, estos conflictos irán incrementando su escala. Si la energía ya monopoliza desde hace más de un cuarto de siglo la preocupación estratégica de los grandes centros imperiales, el cambio climático se ha sumado al gran juego geopolítico en curso.

El cambio climático se está comportando como un multiplicador de conflictos. Una suerte de alcohol de rápida combustión, que se está vertiendo en grandes cantidades sobre las tensiones sociales inflamables que ya cruzan toda nuestra convivencia a la espera de una mínima chispa. Así lo reconoce el IPCC, que declaró en su informe de 2014 que el “cambio climático puede aumentar indirectamente los riesgos de conflictos violentos en forma de guerras civiles o violencia intergrupala al amplificar impulsores bien conocidos de estos conflictos como la pobreza o los shocks económicos”. Las terribles consecuencias climatológicas y, especialmente, la mayor escasez de recursos clave como el agua o la comida pueden contribuir a hacer estallar guerras climáticas, bien dentro de un mismo país o bien entre países.

Las guerras potenciadas por razones climáticas no son exclusivas de nuestro tiempo. El siglo XVII, que sentó las bases del orden europeo moderno, es conocido como “el siglo de los soldados”. Durante 100 años, Europa solo conoció 3 años de paz. En El siglo maldito, Geoffrey Parker, trata de mostrar cómo detrás de esta interminable sucesión de conflictos que forjaron la modernidad se encontraba la conocida como pequeña edad de hielo, un ligero enfriamiento de 0.5°C debido a una menor actividad solar. Evidentemente no podemos hacer analogías sencillas,

pero aterra pensar el incremento de los conflictos bélicos que habrá tenido lugar a final de siglo en un mundo 2 o 3 grados más cálido.

Pero incluso en la edad contemporánea el concepto de guerra climática popularizado por Harald Welzer (2010) no es una categoría prospectiva que especula sobre un futuro por venir. Habitamos entre ellas. El genocidio de Darfur ha sido considerado por muchos expertos como “el primer conflicto climático” moderno. Recordemos su desenvolvimiento histórico para analizar la morfología genérica de una guerra climática. En la región de Darfur conviven dos formas de vida. La población de etnia negra se dedica fundamentalmente a la agricultura, mientras que otras poblaciones nómadas de etnia árabe se dedican mayoritariamente al pastoreo. Ambos modos de producción siempre han convivido de forma conflictiva, pero desde los años 80 las tensiones se han recrudecido debido a la mayor frecuencia de sequías y la erosión del suelo. La desaparición de los pastos, y el establecimiento de un régimen político islamista en Sudán, fueron dos procesos que se interrelacionaron empujando a las tribus árabes a las regiones más al sur pobladas por las etnias de raza negra, intensificando así la competición por los usos del suelo. Esta llegó a un punto de presión en el cual los mecanismos culturales de resolución pacífica y conciliación mediada por terceras partes quebraron, estallando un conflicto civil en 2003 que derivaría en el genocidio de Darfur. Según la OMS, sólo entre marzo y septiembre de 2004 murieron entre 35.000 y 70.000 personas. En 2010, un estudio en *The Lancet* estimó cifras muy superiores: entre 2003 y 2008 el genocidio de Darfur habría provocado unas 300.000 víctimas mortales.

Como explica Harald Welzer lo que observamos en Darfur es un conflicto con profundas raíces ecológicas que se expresa en términos de choque étnico. Y que de hecho, sus participantes perciben casi exclusivamente como tal. Otro ejemplo de conflicto tremendamente complejo en el que el cambio climático pudo tener un papel fundamental es la guerra civil en Siria. Diversos estudios han señalado que uno de los factores claves en la extensión de las primeras revueltas fue la prolongada sequía que sufrió Siria entre 2007 y 2009. Esta sequía habría aumentado la migración rural a las grandes ciudades del país: Damasco, Alepo y Hama lo que, a su vez, contribuyó a unas mayores tensiones sociales en dichas ciudades. Sin embargo, otros autores señalan que no es tanto la sequía lo que pudo causar dicha cadena causal sino la vulnerabilidad a la misma que es muchísimo más dependiente de decisiones políticas: en el caso de Siria el uso excesivo de agua para cultivos de regadío o las políticas neoliberales implementadas por Assad durante los 2000. Un patrón parecido, en el que el cambio climático actúa como un potenciador de tensiones sociales previas es la revuelta de la Primavera Árabe en Egipto. Aunque son múltiples los factores involucrados en el estallido popular contra Mubarak, la subida del precio del pan, subvencionado por el Estado, fue determinante. Y esta es inexplicable sin la pérdida de productividad de la cosecha de cereal del principal proveedor egipcio, que era Rusia, de 2010. Afectada por una grave sequía, algunas regiones exportadoras rusas conocieron caídas de hasta el 70% de la producción agrícola.

Todos estos procesos de desestabilización social y violencia política están provocando, como consecuencia directa, un incremento sustancial de los fenómenos migratorios y de desplazamiento forzoso de población, que también podemos relacionar conceptualmente con el cambio climático. ACNUR estimó que, a finales de 2014, de las 60 millones de personas se habían visto forzadas a huir de sus hogares, 20 de los cuales podría deberse a motivos relaciones con el clima. Existen varias estimaciones de lo que puede pasar en el futuro, pero la cifra más repetida son unos 200 millones de refugiados en 2050 sólo por motivos climáticos.

Por todo ello el cambio climático está siendo percibido como un elemento clave de seguridad nacional dentro de las cúpulas militares. Razmig Keucheyan (2015) ha realizado un exhaustivo repaso de la presencia del cambio climático en los documentos estratégicos que publican los ejércitos. Y ha descubierto que éste tiene un peso protagonista en las proyecciones de la única institución de nuestra sociedad que cuenta con condiciones de posibilidad reales para pensar a largo plazo y dedicar recursos a esta tarea de anticipación. Pues como recuerda Keucheyan, entre tres y cinco décadas es el tiempo normal de la planificación y la simulación militar. Lo que contrasta con el cortoplacismo que impera en el mundo político o en el empresarial.

Tres son las grandes tendencias que la inteligencia militar está teniendo en consideración al respecto. La primera es que la gestión de la crisis ecológica ya no admite prórrogas: estamos entrando en la era de las consecuencias, y tocará hacerse cargo del efecto boomerang de la sobreexplotación de la naturaleza. Por tanto, para los militares el cambio climático no es una reivindicación de ecologistas, sino un desafío estratégico a la seguridad nacional que toca tomarse muy en serio. La segunda es una fascinación geopolítica con el Ártico: su futura navegabilidad, producida por el deshielo del casquete polar, abre nuevas rutas comerciales y permite acceder a recursos naturales hoy vetados. Por ello el Ártico está jugando en las mentes de los estrategas de las superpotencias el mismo papel que jugó África en el siglo XIX: un territorio de lucha casi virgen que ofrece enormes oportunidades a aquellos que logren posicionarse mejor para asegurar su control. La tercera, y quizá más decisiva, es una constatación del incremento exponencial de la inestabilidad sociopolítica. Entre los escenarios que manejan las cúpulas militares se da por sentado que como efecto directo del cambio climático los Estados fallidos proliferarán durante las próximas décadas en las periferias intertropicales del sistema mundo, tal y como anticipó el libro *La anarquía que viene*, de Robert Kaplan. Pero incluso se plantean como algo relativamente probable que la propia cohesión interna de las naciones desarrolladas pueda quebrar. Por ello la planificación militar está apostando fuerte a que en los próximos años su cuota de poder aumentará significativamente, en tanto que solo ellos pueden jugar el papel de “especialistas en administrar el caos”. A medida que el cambio climático imponga una gobernanza excepcional, las soluciones de excepción se asentarán como la nueva normalidad. Y no es descartable que lo que comience siendo una militarización contra el clima se deslice progresivamente hacia una militarización de la gestión de toda la vida social.

La importancia creciente del papel del ejército en los años venideros, como especialistas de gestión del caos, sitúa el campo de la batalla política del siglo XXI en su verdadero quicio: ¿qué proyecto político dará las órdenes? ¿Un proyecto ecofascista de signo depredatorio? ¿Una dictadura ecológica benevolente? ¿Un proyecto ecosocialista de signo radicalmente democrático? La pregunta cobra importancia en la medida en que el incremento de las tensiones sociales nos puede llevar a puntos de conflicto e ingobernabilidad que, en otros momentos de la historia, siempre se han resuelto recurriendo al golpe de Estado. Y la historia nos demuestra que es imposible que un cambio social transformador pueda vencer si tiene en su contra al ejército.

Referencias

- Keucheyan, R. (2016). *La naturaleza como campo de batalla*. Madrid: Clave Intelectual.
- Welzer, H. (2010). *Guerras climáticas: porque mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*. Madrid: Katz.